

Dicen que el veintisiete de julio de 2013 se apagó muy calladamente la luminaria de Manuel Dato. Que ha sido maestro, poeta, amigo, lector, compañero, padre, esposo... A partir de unos humildes orígenes campesinos, tuvo la pretensión de vivir la vida con toda su modestia, sin ruidos ni excesos, y lo ha conseguido. Por eso y por mucho más se ha convertido en una personalidad de las letras en Cieza. Estas páginas pretenden ser un pequeño reconocimiento a su persona.



Donde el viento es un pañuelo de adioses

In memoriam
Manuel Dato,
maestro, poeta, amigo

La penúltima lección con que me obsequiaste, Manolo, significa un tesoro para mí. Avanzaba otoño de 2012 en una tarde lluviosa, como lo fue por entero aquella memorable estación, también como tu *"Last Autumn's Dream"*. Me disponía a regresar a casa a toda costa, aun calándome entero, con el *"Diario de Invierno"* de Paul Auster bien apretado en la mano, cuando me crucé contigo en la puerta de la Biblioteca Padre Salmerón, donde trabaja Mercedes, tu compañera, tu musa. Como casi siempre que nos veíamos y disponíamos ambos de algún tiempo, "echamos un ratico" sobre literatura. Es bien sabido que por tí mismo te convertiste en un extraordinario lector, un enamorado de los buenos libros, de los que, además, has extraído momentos de gran provecho.

Empezaste tú. Paul Auster no era casi nada, no llenaba, estaba claro que se trataba de un autor demasiado corriente. En cambio, yo no parecía dispuesto a compartir esa opinión, y todavía hoy sigo en mis trece (lo siento, maestro). Pero no podías dejar de ser lo que siempre has sido: mientras el chaparrón golpeaba con fuerza los ventanales de la Biblioteca, comenzaste a compararme libros, autores, y muy encarecidamente me recomen-

bas "La Silla del Águila", del mexicano Fuentes, elogiándolo, resaltando sus virtudes, que son casi innúmeras. Seguía lloviendo. *"Un libro magnífico, Jose, ya lo verás, Carlos Fuentes trata en él de forma exquisita a los personajes, que se envían cartas con un lenguaje muy adecuado, en medio de un argumento y un final sorprendentes..."* No hizo falta más. Anoté en la memoria título y autor. Sí había leído algunas obras de Carlos Fuentes, pero "La Silla del Águila" todavía no. Amainó el aguacero, y en el regreso a casa ya pensaba en la oportunidad de volver a la Biblioteca para tocar aquel libro, pues, aunque había tomado una decisión, prefería meditar más sobre aquel encuentro contigo. Todavía pude agradecerte, en una posterior entrevista, aquella oportuna recomendación, porque la exquisita novela de Fuentes se ha convertido en uno de los libros que me han atacado en lo más profundo. Tuve la inmensa satisfacción de ver cómo una sonrisa, de las que se dicen de oreja a oreja, pero a tu modo particular, te iluminaba el rostro.

Te debo mucho, más de lo que pude agradecerte jamás.

Antes que poeta siempre te consideraste maestro. Y en verdad lo has sido hasta el final. En la memoria de



muchos de tus alumnos, en la tuya también, quedaron fijos como una fotografía aquellos memorables cursos 1982-1984 en los que impartías Lengua y Literatura (y a algunos también Lengua Francesa) en el Colegio Juan Ramón Jiménez. Te empeñabas en enseñarnos, uno a uno, con maneras inusualmente pedagógicas no sólo los períodos, los autores más importantes, las obras, que leíamos en clase, sino también el propio proceso creativo. “*Vosotros también podéis componer poesía (componer decías, no exactamente escribir, algún tiempo después supe a lo que te referías): como cuando respiramos, la poesía está en el aire, y dentro de cada uno de nosotros*”. Es el más claro recuerdo que me ha quedado del colegio, y puedo certificar que también el de muchos compañeros.



Comenzamos por analizar las obras ya escritas, de reconocidos autores, para adquirir vocabulario, buscando en el diccionario sugerentes palabras, significados, y también para acostumbrarnos a una forma de decir que hasta ese momento desconocíamos: el quebrantamiento de la sintaxis, los recursos más atrevidos... Después, para certificar que la poesía está en las cosas, en las sensaciones cotidianas, nos redescubriste el río, hicimos varias excursiones para “inspirarnos” y verlo de otra manera. Nos sentábamos en sus orillas, con nuestros cuadernos de entonces, para anotar sensaciones, paisajes, cambios... Ya en clase, lograste que con un poco de tu magia convirtiéramos, todos (hablo de treinta y cinco o cuarenta escolares de trece años, nada menos), esas anotaciones en poesía, con más o menos fortuna estilística o argumental, pero versos hubo, y muchos. Tantos que seleccionaste los poemas que te parecieron más apropiados, sin nombres de autor, por supuesto, para que pareciera lo que en realidad era, una obra colectiva, y lo editamos en fotocopias encuadradas, con una modesta portada, un resultado más que digno que nos llenó de orgullo, porque nunca antes habíamos intervenido en algo parecido.

Un libro sobre el maltratado río Segura (¿dónde lo guardo?). Recuerdo muy nítidamente el día en que nos lo presentaste, recién compuesto, un ejemplar para cada alumno. Creo que en una calurosa tarde de primavera. Fue como una despedida de la infancia. Sabías que nos íbamos (unos al instituto, otros directamente al trabajo), que nunca regresaríamos al colegio, porque el tiempo nunca corre hacia atrás, y ese fue tu enorme regalo. No me refiero al libro, que, al fin y al cabo, sólo es un objeto, sino al recuerdo, muy marcado, de aquellos hermosos últimos años de nuestra infancia, a lo que nos decías, a lo que con tu ejemplo enseñaste, al antiguo juego de palabras y emociones que algunos nos empeñamos en seguir practicando (no tan bien como tú, maestro) y te debemos. Nunca he sabido agradeceréte como te mereces.

Ahora estás en nosotros, Manolo. Te vemos. Te oímos. No hay verso para la tristeza.

*Presiento que los pies
se han calzado de nostalgia,
se disponen a doblar la esquina
y a morir de cuesta.
Aunque forjado en despedidas
no se acostumbra el corazón
a una lluvia de pañuelos
ni a poner en hora
las realidades y la edad (...)
Este poema nunca lo verás,
porque sé que esta historia,
aunque predicha en la flecha y en su herida,
lleva el frío asunto de las ausencias,
un compendio de soledades y besos
que entenebrecen y ahogan,
y no quiero puñal para mi música
ni elocuencia de espaldas.*

Manuel Dato, *Last Autumn's Dream*

José Luis Tudela Camacho

Para quien quiera saber cómo escribía uno de los mejores, aunque Manuel Dato ha sido muy esquivo a la hora de publicar (sólo tras insistentes ruegos de sus amigos), me atrevo a recomendar una mínima bibliografía necesaria, casi toda procedente de La Sierpe y el Laúd; los dos primeros son libros, los demás, poemarios insertos en revistas de autoría colectiva:

- *Last Autumn's Dream*, 2009 (imprescindible).
- *Áureo*, 1996.
- *Veinte años* (Revista de la Sierpe y el Laúd, nº 12), 2000.
- *A dos voces* (Revista de la Sierpe y el Laúd, nº 9), 1991.
- *Textos* (Revista de La Sierpe y el Laúd, nº 5), 1985.